

Autor: Abilio Ayuso

MARIDO PERFECTO

Ilustrador: Ricardo Blanco



Cuando una mujer adopta, por puro vicio, una actitud negativa, resulta casi imposible que nada la satisfaga por completo.

Para resumir, podría decirse de Valerio que era un buen hombre, honrado, trabajador, sin vicios y amante de su esposa a la que quería por encima de todo.

El hombre procuraba complacerla en la medida de lo posible, pero desgraciadamente nunca lograba que ella estuviera completamente satisfecha.

Por más que se esforzaba siempre había un pequeño detalle que se le escapaba y los reproches de su mujer eran para él como jarros de agua fría.

Cuando no recordaba que justo al entrar en casa debía cambiar su calzado, se le olvidaba verificar si quedaba una reserva suficiente de aceite por si no fuera el caso comprar en el vecino caserío, olvidaba celebrar el día en que se conocieron hace años, o no acertaba a traer el tipo de flores que a su esposa le gustaban.

No es que fuera especialmente olvidadizo, pero el duro trabajo de labrador hacía que la mayoría de veces llegara a casa agotado física y mentalmente sin otra idea en la mente que descansar un rato en el sillón antes de la cena.

Sin embargo, su esposa, que se había levantado dos o tres horas más tarde que él y solo había tenido que atender labores de la casa y la pequeña granja alledaña, le aguardaba con ganas de conversar de lo que fuera, y como aquella masía no era precisamente fuente de novedades, el tema de conversación acababa derivando en los reproches, cosa que provocaba en Valerio un sentimiento de frustración, porque si aquel día había recordado tal detalle, tal vez había olvidado otro, y si no, Fermina desempolvaba temas pasados para lo cual hacía gala de una memoria portentosa.

Tal vez si hubieran tenido hijos, ella no estaría por tantas tonterías, pero el destino quiso que fuera estéril y en aquella región los bebés huérfanos escaseaban por completo.

Marchaba el hombre camino de uno de sus campos, cuando observó que el torrente que andaba crecido, arrastraba un cervatillo que gemía lastimeramente, si el animal llegaba a la próxima cascada moriría sin remedio, sin pensarlo dos veces, corrió hacia la orilla, se sujetó con una de sus poderosas manos de labrador a una rama que se curvaba hacia la corriente y con la otra, igual que un león de un zarpazo, consiguió agarrar al animal por una pata y con gran esfuerzo sacarlo del agua.

Quedaron ambos extenuados y empapados en la orilla, hasta que el cervatillo se puso en pie, dio un lametón en la cara de Valerio, que con ello se consideró bien pagado, y se perdió en el lindero del bosque.

Quedó el hombre un rato semisentado en la hierba contemplando con cierto asombro una columna de bruma blanca que a ras de tierra se le acercaba hasta quedar detenida enfrente suyo, pero la sorpresa se produjo cuando aquel vapor se solidificó tomando la apariencia de una bellísima mujer cuyos pies no llegaban a tocar el suelo.

Cualquier otra visión aparecida de tal forma hubiera espantado a Valerio, pero aquella figura femenina no inspiraba ningún temor, sino por el contrario sentimiento de paz y benevolencia, más aún cuando le habló con una voz dulcísima diciendo: “Soy el espíritu del bosque, he visto como arriesgabas tu vida por salvar al cervatillo y deseo recompensarte por tu bondad”.

De inmediato Valerio pensó en pedir la fertilidad de su esposa, pero quedó frustrado cuando aquel ser continuó diciendo: “Sin embargo el don que puedo proporcionarte ha de ser solo para tí en exclusiva”.

Quedó el hombre pensativo hasta que una idea pasó por su mente y respondió con toda firmeza: “Quiero ser el marido perfecto, que nunca se me olvide nada de lo que a mi esposa le gusta o desea”.

La diosa le miró con rostro dubitativo y respondió: “¿Estás seguro de que esa nimiedad es lo que más deseas?”.

“Por supuesto, no tengo la menor duda, con ello mi mujer será feliz y yo también”.

“Sea como tú quieres, pero te doy otra oportunidad, dentro de un año exacto te espero aquí a esta misma hora para que puedas modificar tu deseo si crees que no es el más adecuado”.

“Vendré porque soy un hombre de palabra, pero estoy convencido de que no te pediré ningún cambio”.

Aquella figura se desvaneció tal como había llegado y Valerio continuó camino de su trabajo pensando que había hecho la mejor elección posible.

Enseguida notó el efecto del hechizo, de regreso a casa, al pasar frente a un prado una especie de voz le recordó que aquellas flores eran las que más agradaban a Fermina, pero que debía cortarlas con el tallo largo, al llegar, su mente se iluminó visualizando que debía dejar los aperos de labranza en el cobertizo cerrando bien la puerta luego, colgar la zamarra en el perchero del porche, limpiar bien sus albarcas y sustituirlas por las zapatillas al entrar en casa, avisar que había llegado con un tono exacto suficientemente alto para que su mujer le oyera pero no demasiado para no sobresaltarla.

Valerio flotaba en una nube, realmente aquel hechizo funcionaba, por fin se habrían acabado los reproches de su amada esposa.

Y así fue durante dos días, pero al tercero Fermina le sorprendió diciendo: “¿Porqué dejas la zamarra colgada en el porche, no ves que pueden anidar bichos en ella?”.

“La dejo allí porque dices que huele y no quieres que la entre en casa”.

“Bien, pero hay otras soluciones, la puedes colgar en el cobertizo”.

Ese fue un primer detalle, pero le siguieron otros, como un rosario: “¿Porqué me traes siempre las mismas flores?”.

“Porque son las que te gustan”.

“Si, pero algún día podrías tratar de sorprenderme”.

Pero si la sorprendía trayendo otras la respuesta era: “¿Porqué me traes esas flores que no me gustan?”.

“Porque pediste que te sorprendiera con otras diferentes”.

“Si, pero no con esas”.

En otra ocasión le comentó: “Nunca me lees uno de esos libros que tenemos en la repisa”.

“Siempre te han parecido aburridos”.

“¿Como voy a saber si son aburridos sino me los lees?”.

Pero si comenzaba la lectura al poco rato Fermina bostezaba y decía sin recato: “Me voy a la cama, tengo sueño”.

En los siguientes meses aquella mujer demostró tener una imaginación portentosa para cambiar normas, variar gustos y en definitiva buscar excusas para continuar desgranando su retahíla de reproches, una de sus armas favoritas era el: “Como queriendo decir”, un día preguntó a Valerio: “¿Te ha gustado el potaje que he hecho hoy?”.

“Si mi amor, estaba muy bueno”.

“Que desagradecido, yo que he estado toda la tarde cocinando, ya no lo haré más”.

“Pero si te he dicho que estaba muy bueno”.

“Si, pero lo has dicho en un tono como queriendo decir que no te gustaba”.

Con aquel sistema, dijera Valerio lo que dijera, Fermina daba por hecho la respuesta que ella tenía en mente: “Has dicho que sí, pero con un tono como queriendo decir que no”.

El problema era que aquel hechizo entregado por la diosa recordaba cada pequeño cambio en los gustos o deseos de su mujer y no dejaba en paz a Valerio recordándole sin tregua los mil y un detalles que debía atender para complacerla, eso le pasó factura al pobre hombre, se desconcentró respecto a otros temas de mayor importancia relacionados con su trabajo, comprobando en ocasiones que después de una larga caminata había olvidado tomar las herramientas necesarias para su tarea de aquel día, lo cual hacía que para obtener el mismo rendimiento de antes tuviera que aplicar mayor esfuerzo.

Asimismo, esos avisos importunaban su paz y afectaban su sueño, él que siempre había sido un hombre apacible se hallaba ahora nervioso e irritable, si por lo menos Fermina hubiera estado satisfecha, el bueno de Valerio lo hubiera dado todo por bien empleado, pero ella siempre inventaba cualquier excusa para poner en marcha su cadena de reproches.

Todo ello afectó la salud de Valerio que al cabo de unos cuantos meses se encontraba visiblemente deteriorada, para postres su mujer aún le culpaba de dicho deterioro asumiendo que era provocado por cosas que él hacía mal, como por ejemplo: “Ese vaso de vino que tomas con la cena seguro que te sienta mal, o: Deberías comer más coliflor y menos pollo”.

Fue en una ocasión en que el hechizo le recordó que a su mujer no le gustaba que tomara vino con la cena, que Valerio pensó con toda la fuerza de su mente: “Hechizo: Vete a la mierda, seguiré tomando vino en la cena, porque es uno de los pocos placeres que me quedan, y aunque no lo haga mi mujer encontrará cualquier otra excusa para gruñir”.

A partir de aquel día el hechizo nunca le volvió a recordar el tema del vino.

Pasó un año completo y Valerio, fiel a su palabra, se presentó puntual en el lugar de la cita con la diosa, sentado sobre la hierba observó como un ciervo adulto surgía del bosque y se dirigía hacia él a paso lento, enseguida lo reconoció por la mancha en forma de corazón que lucía en su pecho, era el mismo al que había salvado hace un año, el animal se acercó dócilmente y volvió a estampar un lametón en la cara de Valerio igual que antaño, tras lo cual desapareció por donde había venido.

Apenas había marchado cuando la misma columna de bruma se volvió a materializar frente a él en forma de diosa sonriente que le preguntó: “¿Qué

tal mi buen amigo, deseas quedarte con el don que te proporcioné hace un año?”.

“No por Dios, quítalo de mi cabeza”.

“¿Y qué deseas a cambio?”.

“Si es posible salud y buen humor”.

“Es posible porque son dos cuestiones que están íntimamente relacionadas, es difícil que una persona malhumorada goce de buena salud, sea como tú lo deseas”.

Apenas la diosa se hubo desvanecido Valerio percibió una nueva vitalidad recorriendo su cuerpo, se puso en pie de un salto y se dirigió a su casa silbando una cancioncilla, llegó temprano y para asombro de su mujer sacó una mecedora que tenía arrinconada en el cobertizo, la situó en el porche, descolgó su vieja bandurria que yacía olvidada sobre un armario y se puso a tocar viejas canciones mientras contemplaba la puesta de sol y saboreaba un vino añejo guardado para ocasiones especiales”.

Su mujer no salía de su asombro, su marido estaba haciendo tantas cosas que a ella no le gustaban que no sabía por dónde comenzar, entabló la conversación diciendo: “Hoy no me has traído flores”.

“Efectivamente, y no te las voy a traer más, o tal vez sí, pero las que me apetezcan y cuando yo quiera”.

“¿Y eso porqué?”.

“Porque hoy he hecho algo diferente, me he detenido a pensar junto al torrente, y el rumor del agua me ha aclarado la mente. Durante un año exacto me he esforzado a tope para hacer todo lo que a ti te gusta y de la forma que te gusta, pero ha sido en vano porque has inventado excusas nuevas para sermonearme con tus gruñidos, no voy a malgastar mi buen humor y mi salud en intentar complacerte, porque eso es tan imposible como vaciar el lago con una cucharita de café, a partir de ahora viviré y haré las cosas como yo crea conveniente”.

La mujer emitió un sollozo diciendo: “Lo que pasa es que tú ya no me quieres”.

“Por supuesto que te quiero y he visto que de seguir por ese camino acabaría odiándote, además me he dado cuenta de que últimamente debías hacer grandes esfuerzos para encontrar excusas que te permitieran gruñir tus reproches de cada día, por tanto, he decidido facilitarte la tarea”.

El resto del día Fermina se retiró dignamente sin emitir reproche alguno, la cena transcurrió en silencio, al día siguiente observó que su marido estaba construyendo una especie de cajón con un agujero frontal que acabó situando en un rincón del porche, finalmente se atrevió a preguntar: “¿Qué es eso?”.

“Es una caseta para perro, recogeré alguno abandonado del pueblo, me hará compañía cuando tú estés de mal humor, vigilará la casa, nos avisará cuando alguien se acerque y nos librará de alimañas”.

“Pero ya sabes que a mí no me gustan”.

“Lo sé, pero como igual vas a gruñir... Te facilito las cosas”.

“Vale, si tú lo deseas, pero que nunca entre en casa”.

“Error, entrará todas las noches, le construiré un camastro para que duerma cerca de la estufa”.

“Pues yo en mi casa no lo quiero”.

“Lo de ‘tu casa’ es relativo, me la legó mi madre junto con todo lo que contiene y tu viniste a ella aportando un baúl con tu ropa”.

A partir de entonces Fermina estuvo tres días sin hablarle y solo rompió el silencio al cuarto cuando vio que efectivamente Valerio llegaba con un chucho de raza mil leches para decir: “Ya tenemos un saco de pulgas y una boca más que alimentar”.

“Lo de saco de pulgas se arregla mediante un buen baño con jabón y lo de la boca extra... Con las sobras que tantas veces nos quedan estará más que bien alimentado”.

En un principio Fermina trató de ignorar al bicho, por eso Valerio se sorprendió cuando un día la oyó decir: “Canelo, acompáñame al bosque que voy a coger fresas silvestres, anda, sirve para algo”.

La sorpresa total fue cuando otro día, al volver del trabajo, vio a lo lejos a su mujer sentada en el porche con el morro del chucho apoyado en su regazo, escena que duró poco porque de inmediato el animal salió corriendo a recibirle.

De alguna manera Canelo ocupó el puesto de aquel hijo que no habían podido tener.

Últimamente Fermina se lo pensaba antes de comenzar un reproche porque sabía que la respuesta de su marido sería la cancioncilla de siempre

diciendo: “Y dale que se daba, y dale que se dio, y tanto se daría que se acabó”.

Con el tiempo llegaron a un cierto equilibrio, Valerio procuraba hacer las cosas que le gustaban a su mujer, pero sin estresarse ni renunciar a su propia vida y ella, las pocas veces que tenía algo verdaderamente importante que reprochar, lo hacía de forma amable.

Más adelante, cuando Valerio se enteró de que el hijo segundo de su hermano menor, según las costumbres del lugar, había quedado sin herencia, le invitó a venir con su esposa, ya que la casa era muy grande y a las tierras de labor tan extensas les vendrían bien unos brazos jóvenes.

Aquella pareja joven revitalizó al maduro matrimonio, Fermina permitía sin rechistar al muchacho cosas por las que hubiera formado un escándalo a su marido, además ahora tenía otra mujer con la que hablar de mil cosas sin importunar a los varones cuando en las noches de verano contemplaban las estrellas desde el porche casi en silencio mientras daban alguna que otra bocanada a sus cachimbas.

Pero la alegría de la casa fue total cuando la chica dio a luz al que Valerio y Fermina adoptaron como nieto propio, a ella se le acabaron de quitar las tonterías y la mala costumbre de rezongar por todo, es más, cuando a la joven madre se le ocurría reprocharle a su marido por alguna intrascendencia le decía suavemente: “No lo hagas hija mía, porque esto es un vicio y si te acostumbras nunca te lo quitarás de encima y acabarás amargando a tu marido, que en definitiva es un buen hombre”.

FIN